



# En Esta Página Escribió Anguita

● Desde 1980 y hasta 1983 cada domingo el poeta Eduardo Anguita escribía en "Artes y Letras" su columna habitual. A continuación entregamos extractos de algunos de sus artículos.

*"Temblor de Cielo"*  
(22 de junio de 1980)

Escribir un poema de amor equivale a decir dos veces amor, y dos veces poeta. Toda gran poesía es un acto amoroso, y todo acto de amor es poesía. Así se realiza, una vez más que misterioso doble ser que es la dialéctica del ser y la Nada, el Hombre y la Mujer, en una conjugación vertiginosa que busca satisfacer todas las resonancias y todas las coquecitas dentro de la creciente Ciudad.

Temblor de Cielo, de Vicente Huidobro, es un poema de amor. Los metafóricos cubren el acto como un cielo que se hiciera cómplice de la unión conmovedora. El lenguaje se hunde en el firmamento de las imágenes creativas. Se ofrece el espectáculo extraordinario de un arcaico tránsito por la pasión. La poema que comienza en sus primeras obras —Esoatolito, Teu Eñfai, Hailali, Pomas Artico— ha sido transformada por la pasión, ese sentimiento extremo que, ya en la Poesía, ya en Amor, lleva implícita una dialéctica que nos enfrenta a su Alfa y Omega connotativas: la Muerte.

No es circunstancial que tanto el acto amoroso como el acto poético conducen a semejante postrimeria. El amor, como la poesía, con su exigencia autárquica y alborotada, quiere vivir la realidad del Ser integradamente arrojada en un punto concreto: en un Yo y un Tú, en una hora y un aquí, y provocan el milagro paradójico de concentrar el Universo en la más pequeña intimidad y de escribir por inconscientes todos los demás seres y palabras del mundo. Y, sin embargo, cae esta emanación olímpica en esta soledad. Para vivir y amar el Universo en su total esencia, se lo mata en su existencia: sólo breve, asética y magnífica, la célula única de un amor que lo devora todo, incluso a los amantes; la célula radiante de un poema que devora todo y que existe a costa del silencio y la muerte que sembró alrededor.

*"Tiempo en el Tiempo"*  
(21 de junio de 1981)

No nos quejamos de andar apurados, lleno el día de penumbras minuciosas, atestado el tiempo de motivos que lo acorran. Lo que se adora en el tiempo, pero un tiempo puro, sin recidivismo utilitario, lo contrario de tiempo como condición de acción y hecho. Pero sin algunos hechos, no hay movimiento, y sin éste no hay tiempo. Hay que sentir grande la duración, para lo cual se requiere de hechos lentísimos y plácidos. Por ejemplo:

Héme en un rincón del huerto. Primavera. Siesta. Las puestas de casi diciembre. El sol, verduoso y apenas tibio, sobre el follaje de una santidad que da a un alfiler. Nada que sea más allá está próximo. Apenas el ruido interno de la garfita de un carpintero, lejano, enfocado a través del baño de aluminio que lo someten los buzones que nos separan. Para mayor quietud, el carpintero silba una melodía alborotada que llega a rituales fin,

una melodía sin comienzo ni término, que vuelve sobre sus notas iniciales. El carpintero se interrumpe en su silbar. Su labor también hace un año. No hay prisa. Sólo una brisa liviana. Me conviene este escenario, me digo. Me siento así así en un estado junto a la escuela. Fresca, la sombra de un olivo me llena de verde los pulmones. El sol, pávido, líquido, también se remansa en estos estancos de tiempo. Conserta una sarsa; de esas que crecen bajo la helada en los patios de marajeos. Voy lento al comedor, con temor a despojar a mis hermanos. La silla con necesidad entre un grupo en la frutera. Desde el primer vistazo, sé cuál ocupará. Sin embargo, demoro la elección, examinando inconscientemente las otras. Luego como la que primero distingue.

*"Sentido y Sentido"*  
(16 de mayo de 1982)

A mí me gustan la conanama, el ajije, los alodados, el volante; y me gustarían igual sabiendo o ignorando su significado.

En cambio, me complazco epérvia triplemente: por su significado, por su sonido y, aún más, por la retroflectada sociedad con que se asoció a lo que significa. Pienso que aparte la belleza sonora y la belleza del significado, debemos siempre considerar un tercer factor: la adecuación del "significar" a su "signatum" (significante y significado).

He vuelta, así, a un viejo tema: la arbitrariedad o la justicia de las palabras con que los hombres han bautizado las cosas del mundo y del espíritu. El tema lo trató Platón en el diálogo Cratilo o de la exactitud de las palabras, y así Sócrates decía entre la tesis de la "arbitrariedad" del signo lingüístico y la de "semejar". Por nuestra parte, así no bromemos nada que añadir a Sócrates. Pero vale la pena añadir a algo que se relaciona íntimamente con esto del parecido o de la semejanza del lenguaje. Me refiero a la literatura. Especialmente en la poesía, la semejanza y también la disemejanza (la oposición) entre las palabras y su significado juegan una función rectora. Los mejores autores de poesía son aquellos que copan, escogen y desechan, engranan y organizan grupos de palabras, ritmos, oraciones gramaticales, metáforas, hasta formar estructuras lingüísticas coherentes de sentido y sentido. Este hito (que me parece no es de Valéry sino de Mallarmé) es condición valiosa que se opere en poesía.

*"Hervor a la Belleza"*  
(18 de julio de 1982)

No se necesita tanto genio como el de un Miguel Ángel para provocar en los malhechores un odio inconcebible. Basta una simple morada limpia, un ascensor renovado, un círculo bien trazado (formas geométricas de Dios), para desorientar a la furia fría y enojada de aquellos que no siendo capaces ni de crear una bella de greda arremeten contra la obra de arte o contra las formas de pura razón geométrica. En el momento que hablo, el acto de vandalismo tuvo dos fases. Una de los porteros advirtió una tarde que un pequeño, que inevitable

Eduardo Anguita



agujero, había aparecido en el enchapado de un ascensor. Al día siguiente, todos pudimos ver cómo una liaga sin sangre (una superficie horrenda, como trapazo irregular), que habiendo sobrevivido y arrastrado parte de la chapa, había toda la unidad plástica del vehículo acenar. La fealdad era, en realidad, horrenda; sonaba a escarabajo, sentí yo lo que sentaría frente a un pozo de otra la mano de Dios. Pues así estimo esa obra a la belleza; y mientras más simple sea ésta, más intrascendente y carecedora de amor contemplativa es. Contra eso se rebela el malhechor. Su acto es la esencia de lo negativo.

*"Conflicto Nectarino"*  
(23 de octubre de 1983)

La mujer, como tal, es bella de toda femineidad; pero como "momento de carne y albanina" (Th. Mann) es un organismo biológico, dotado de tejidos, órganos, vísceras, funciones y secreciones: es decir, algo precario, sujeto, también, a la marchita y a la descomposición como todo ser vivo. En suma, algo no bello. Por una parte, bello —el mundo de la forma—; por otra parte, feo lo vegetal.

Es preciso que la mujer asuma conscientemente esta contradicción y que adopte una estrategia. Debe configurar el conflicto que lleva en sí, y que se alberga en lo más íntimo de su conciencia para, de ese modo, irradiar la enorme fascinación que ejercen las mujeres que, teniendo una rica y fuerte personalidad, han puesto, por decirlo así, en calabozo transitorio su propia femineidad. (Es una estrategia, claro está). Pero sólo este compuesto astológico de bella y no bella es capaz de enamorar al hombre hasta las mismas raíces. Siendo el compuesto un conflicto, arribará para el sentimiento entero al entendimiento, que sabe de amor contemplativo, y a los sentidos íntimos, que sólo quieren saber de posesión. Pero el amor se reintegrará. Podrá ser usual, entonces, que un amante hable como lo hizo Hans Castorp a su amada Claudia, en "La montaña mágica": "Quiero besar tu arteria femoral que corre en el fondo del pecho... cierra. Quiero hacer la profunda fórmula fue Thomas Mann.

*"Santidad"*  
(5 de julio de 1981)

Vendado del olvido. ¿Qué importaría el olvido, qué me importa que el mundo me olvide? Pero cuando el olvido es todo, cuando yo mismo me he olvidado, y todos y todo me he olvidado absolutamente, el paisaje, y esta habitación, y las calles por las que pasó un millón de veces, y los objetos que estubo durante toda mi vida no guardan ya de mí ni un vestigio, ni una arruga, ni un pliegue, cuando realmente sobre mí y sobre tí y sobre aquellos que he conocido en mi vida, prevalece un año

a otros la conciencia y la memoria, cuando ni la palabra olvido sea recordada, y haya una sola niebla, una niebla sin nombre sobre inconsciencia olvidada... ¡ay, qué puede contener las lágrimas! (...)

Cuando yo moría en la anestesia, mis hijos jugaban sin saber ni sentir mi agonía. Cuando ellos jugaban, no me sentía yo jugar con ellos. Mi vida y mi inmortalidad son dominados pequeños, tal vez por eso no alcanzan a tener fronteras comunes con nada ni con nada. Entre un punto y otro radio cero, no hay ninguna diferencia, ya lo sé; pero hay una gran distancia. La diferencia y la distancia es que entre uno y otro punto, aquel es otro; yo también soy otro. Yo y tú somos iguales en esto, en que cada uno siente la existencia en y desde su punto. Pero somos diferentes porque somos otros. Es como un maestro del lugar. Uno no puede ocupar el mismo sitio que otro, aunque ninguno de ellos no sea más que un punto radio cero. (...)

Y el tiempo pasa, el tiempo está aquí, el tiempo llega. Tiempo adelante, atrás, alrededor, persiguiéndome, acorralándome. Ojalá, amargura del tiempo. Y el tiempo nuevamente esta aquí, nunca ha dejado de estar, movimiento está aquí. Para arrojarnos, para cercarnos, para bloquearnos, para arrastrarnos, para reunirnos, para dispersarnos: otra vez, otra vez, otra vez. Soledad, olvido. Quéito velará por mí, quién mantendrá despierta la llama de la conciencia para que mi alumbro y yo siga existiendo de ese modo derivado? Quéito, oh, cielo, que a su vez nunca daerna ni pueda, a su vez, caer en el olvido?

Entonces surge, con la necesidad de un quéjido. Dios.

*"Inseguridad del Hombre"*  
(17 de agosto de 1980)

En los años 30 mi vida corrió por dos líneas muy distintas: una, clara y consciente, que apuntaba a la literatura como fin existencial, y otra, oscura y sumergida, a la que acobaban raíces de pronto redivividas y que formaban conexión con mi infancia, prisionera hasta la adolescencia en rasgos de confusa sexualidad. El primer relato, "La Muerte Nocturna", lo escribí en 1932, año de temprana juventud como para poder expresarla aunque fuese indirectamente. El título general del libro —que, al decir del reportero, precedía por su prosa un brillante futuro en el género— revela un sentimiento dominante: el miedo. Efectivamente, yo escribí casi temblando: de noche, alumbreado con vela, para no descubrir la prohibición de mi madre, y en una casa de dos pisos, con escaleras crujiendo y subterráneos inabundantes. Muchos después descubrí que siempre que escribo experimento un miedo indefinible; no el mismo de entonces sino uno que he llamado, ahora último, "complejo de Prometeo". Ambicioso californio! Pero apenas se lo he de saber a mi amigo Eduardo Molina, me advirtió que yo existía y estaba bautizado así por Gastón Bachelard. ¿Se trata de lo mismo? No me lo explico. Le informo inconjuro: "Siempre como una impresión de culpa y como el miedo a ser castigado". ¿Por qué motivo? Titubeo en la respuesta: "... Por estar descubriendo y reviendo en mi literatura algo prohibido; semejante a lo que debería haber experimentado Prometeo al robar el fuego a los dioses". (Excepción gravísima: No, no era tan olímpica mi tarea, ni el sentimiento de culpabilidad tampoco reconocía una fuente tan noble.

Aquelva "inseguridad" del hombre se remonta sólo a mi infanz: los pavores nocturnos, las conjeturas y los cuentos de ánimas que escuché a una anciana doméstica, el viento del sur, la presencia de la muerte que simultáneamente yo sentía cercana y amenazadora en todo lo que ocurría, y especialmente, en esa como vigilancia perpetua que me parecía ejercer mi padre como escudo protector, a la vez que el registro dramático que acunaba mi madre con sus interminables afirmaciones, cuyos síntomas más intrínsecos eran los gruñidos de "Miser cordia!" que prefería a causa del más mínimo temblor.

## En ésta página escribió Anguita. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

En ésta página escribió Anguita. [artículo]. retr.

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile